

VI

Los jacobinos comprendieron perfectamente la falta que habían cometido los realistas, y se regocijaron de ella al ver que aquellos numerosos sostenes de la Constitución monárquica desertaban espontáneamente del combate. Desde aquel momento presintieron que podían atreverse á todo, y así lo hicieron; cuanta más timidez y más ternura se advertía en las sesiones de la Asamblea nacional, tanta más osadía se notaba en las de los Jacobinos. Las palabras *destitucion* y *república* empezaron á oírse entónces por primera vez, y aunque miradas en su principio como una blasfemia, no tardaron mucho tiempo en proferirse como un dogma. Los partidos no saben muchas veces lo que quieren, hasta que los resultados se lo van enseñando. Los hombres temerarios de todas las comuniones políticas adelantan ciertas ideas sueltas que, si son rechazadas por la mayoría, lo son también por los hombres hábiles del partido que las adopta como suyas, si conocen que hay probabilidad de que sean acogidas por la mayor parte de sus individuos. En las guerras de opinión hay sus reconocimientos, cual los hay en una campaña al frente del enemigo. Los jacobinos eran los puestos avanzados de la revolución, que sondeaban las resistencias del espíritu monárquico.

El club de los Franciscanos envió á los Jacobinos un proyecto de mensaje en que se pedía á la Asamblea nacional la abolición del trono. «Hémos ya *libres y sin rey*, como al día siguiente de la toma de la Bastilla,—decían los Franciscanos;—falta ahora saber si es conveniente que nombremos otro. Nuestra opinión es que la nación debe hacerlo todo por sí misma ó por agentes amovibles á su elección. Pensamos también que cuanto más importante sea un empleo, tanto más justo es que su duración sea limitada. Creemos que el trono, y sobre todo siendo hereditario, es incompatible con la libertad. No se nos oculta que semejante proposición va á encontrar un sinfín de opositores; pero ¿no los tuvo también la declaración de los derechos del hombre? El rey ha abdicado de hecho al desertar de su puesto. Aprovechémonos de nuestro derecho, y no desperdiciemos la ocasión que se nos ofrece. Juremos que la Francia es una república.»

Este proyecto se leyó en el club de los Jacobinos en la noche del 22, y excitó la indignación general. El 23 subió Danton á la tribuna, y pidió la destitución del rey y que se nombrase un Consejo de regencia. «Vuestro rey—dijo—ó es imbecil ó criminal. Horrible espectáculo sería el que ofreceríamos al mundo si, pudiendo optar entre declarar á un rey criminal ó declararle imbecil, no prefiriésemos lo último.» El 27, Girey-Dupré, joven escritor que luego se afilió en el partido de la Gironda, provocó la acusación de Luis XVI con las siguientes palabras: «Podemos castigar á un rey perjuro, y pudiéndolo, debemos hacerlo». Tal fué el texto de su discurso. Brissot entabló la cuestión del modo que la había entablado Petion en la sesión anterior: *¿Un rey perjuro puede ser juzgado?* «¿Por qué hemos de dividirnos en denominaciones peligrosas,—dijo Brissot,—supuesto que todos estamos de acuerdo? ¿Qué quieren los que se declaran aquí contra los republicanos? Detestan las democracias tumultuosas de Atenas y de Roma, y temen la división de la Francia en confederaciones aisladas. Estos no quieren más que la Constitución representativa, y tienen razón. ¿Qué es lo que quieren por su parte los llamados re-

publicanos? Estos temen igualmente las democracias tumultuosas de Atenas y de Roma, y también tienen temor á las repúblicas federativas. No quieren sino una Constitución representativa, y en esto estamos de acuerdo. ¿Debe juzgarse al jefe del poder ejecutivo cuando ha violado sus juramentos? Hé aquí lo que nos divide. La inviolabilidad no sería otra cosa que la impunidad de todos los crímenes, y un aliciente á todas las traiciones: el buen sentido exige que el castigo siga inmediatamente al delito. Yo no veo en un hombre inviolable que gobierna un pueblo sino un *dios* y veinticinco millones de *brutos*. Si el rey hubiese entrado en Francia á la cabeza de los ejércitos extranjeros y hubiese assolado nuestras más hermosas campiñas; si, detenido en medio de su carrera, hubiese caído en vuestro poder, ¿qué hubiérais hecho de él? ¿Hubiérais invocado entónces su inviolabilidad para absolverle?... Se trata de intimidaros con las potencias extranjeras; pero no las temais: la Europa es impotente contra un pueblo que quiere ser libre.»

Muguer leyó en la Asamblea el parecer de las comisiones reunidas con respecto á la fuga del rey, declarando la inviolabilidad de Luis XVI y el haber lugar á la acusación de sus cómplices. Robespierre combatió la inviolabilidad, y quitando á sus palabras todo lo que podía indicar que eran hijas de un odio inveterado contra el rey, se esforzó en presentarlas bajo las apariencias de la dulzura y de la humanidad. «Yo no examinaré—dijo—si el rey ha huido voluntariamente, ó si lo ha hecho en fuerza de los consejos de un ciudadano que le ha llamado desde la inmediación de la frontera; tampoco examinaré si esta fuga puede considerarse como una conspiración contra la libertad pública: sólo hablaré del rey como de un soberano imaginario, y de la inviolabilidad como de un principio. Las medidas que se os proponen no pueden servir más que para deshonoraros, y si las adoptais, pido que se me nombre abogado de todos los acusados. Quiero en ese caso ser el defensor de los tres guardias de corps, del aya del Delfín, y hasta del mismo Mr. de Bouillé. Según los principios de vuestras comisiones, no hay delito, y en donde no hay delito no hay cómplices. Señores, si perdonar á un culpable es una debilidad, sacrificar á un culpable porque es débil, y perdonar al mismo tiempo á otro culpable porque es poderoso, es una baja. Es preciso, ó declararlos criminales á todos, ó absolverlos sin ninguna excepción.» Gregoire sostuvo el partido de la acusación, y Salles defendió el dictámen de las comisiones.

Barnave tomó entónces la palabra para apoyar la opinión de Salles. «La nación francesa—dijo—acaba de experimentar una violenta sacudida; pero si hemos de creer en augurios, este último suceso, como todos los demás que le han precedido, no servirá sino á acelerar el término y á asegurar sólidamente la revolución que hemos hecho. Yo no hablaré extensamente de las ventajas del gobierno monárquico, puesto que vosotros mismos habeis manifestado estar convencidos de ellas al establecerlo en vuestro país. Diré, sí, que todo gobierno, para ser bueno, debe contener en sí las condiciones de su estabilidad, porque de otro modo, en lugar de ser una felicidad, no ofrecería otra cosa que la perspectiva de cambios sin cuento. Algunos hombres cuyas intenciones no quiero acusar, tratando de ofrecernos ejemplos en confirmación de su doctrina, nos han hablado de un pueblo de América que ocupa un vasto territorio, que no está rodeado de vecinos poderosos, que tiene por límites las selvas, y cuyos hábitos no son otra cosa que los sentimientos de un pueblo nuevo, muy distintos á la verdad de esas pasiones ficticias

que hacen las revoluciones de los Estados. Estos hombres han visto en aquel inmenso país un gobierno republicano, y han deducido de todo esto que otro gobierno semejante á aquél era el único que hoy en día podría convenirnos. Los que así piensan son los mismos que combaten el principio de la inviolabilidad del rey. Cierta es que nuestro país está ocupado por una población inmensa, y que hay en él una multitud de hombres dedicados exclusivamente á esas especulaciones de la inteligencia, que conducen á la ambición y al amor de la gloria; pero no es ménos cierto que en torno nuestro hay una porción de vecinos poderosos que nos obligan á no formar sino una sola masa para resistirlos, y que estas circunstancias, verdaderamente fatales y que no dependen de nosotros, sólo pueden remediarse siendo nuestro gobierno un gobierno monárquico. Cuando un país es muy poblado y extenso, está probado en política que no hay más que dos medios de darle una existencia sólida y permanente. O bien organizar separadamente todos los partidos, y poner al frente de cada sección del imperio una parte del gobierno, fijando así la estabilidad á expensas de la unidad, de la fuerza y de las demás ventajas que resultan de una asociación grande y homogénea, ó bien dejar subsistente la unidad nacional, en cuyo caso es indispensable un poder inamovible que, no siendo renovado jamás por la ley, presente continuos obstáculos á la ambición y resista con ventajas las sacudidas, las rivalidades y las vibraciones rápidas de un pueblo inmenso agitado por todas las pasiones de una sociedad antigua que se halla en conmoción. Estas máximas deciden de nuestra situación. Nosotros no podemos ser estables sino por un gobierno federativo, que nadie hasta ahora ha tenido la demencia de proponernos, ó por el gobierno monárquico que vosotros habéis establecido, es decir, volviendo á confiar las riendas del poder ejecutivo á una familia por derecho hereditario de sucesión. Vosotros habéis dejado al rey inviolable la función exclusiva de nombrar los agentes del poder, pero también habéis decretado la responsabilidad de estos agentes. Para que el rey sea independiente es preciso que sea inviolable; no nos separemos de esta regla, y supuesto que la hemos seguido constantemente con respecto á los individuos, sigámosla también con el monarca. Nuestros principios, la Constitución y la ley, declaran que aquel poder no ha caducado; por consiguiente, la elección no puede ser dudosa entre nuestra adhesión á la Constitución y nuestro resentimiento con un hombre. Ahora pregunto yo al que abrigue más prevenciones contra el jefe del poder ejecutivo, y al que más resentido esté de él, si es mayor su indignación contra el rey que su adhesión á las leyes del país. También podría decir á los que se expresan con tal furor contra el individuo que ha delinquido: si estuviérais contentos de él, ¿iríais á arrojaros á sus piés? (*Grandes aplausos.*) Los que quieren sacrificar así la Constitución á sus resentimientos personales contra un hombre, me parece que no les costaría mucho sacrificar la libertad por entusiasmo por otro hombre; y puesto que, según dicen, quieren la república, éste es el momento de decirles también: ¿cómo quereis establecer la república en una nación semejante? ¿Cómo no temeis que esa volubilidad del pueblo, que tanto odio manifiesta hoy á un hombre, se convierta mañana en entusiasmo por otro hombre distinto? Este entusiasmo sería aún más peligroso que el odio, porque bien sabéis que el carácter de la nación francesa es más propio para amar que para aborrecer. Ya he dicho otras veces que no temo ni á las potencias extranjeras ni á los emigrados, y hoy no tengo reparo en decir

que temo mucho la continuación de esta inquietud y de esta agitación, que no dejarán de combatirnos hasta que la revolución se halle total y pacíficamente terminada. Ningun mal puede venirnos del exterior, pero en lo interior se nos hace un daño gravísimo cuando se nos inquieta con pensamientos funestos y cuando se crean á nuestro alrededor peligros quiméricos, que adquieren cierta consistencia en el ánimo del pueblo, y que dan un crédito inmerecido á esos hombres que le



Lafayette, por un movimiento heroico, espoleó su caballo y le puso á la boca de un cañon.—Pág. 105.

tienen continuamente en perpetua agitación. Se nos hace un gran mal perpetuando ese movimiento revolucionario, que ha destruido cuanto había que destruir y que nos ha conducido á un punto en el cual es preciso detenernos. La revolución no puede dar un paso más sin exponerse á graves peligros. En la línea de la libertad, con avanzar un solo paso tendríamos la abolición del trono; si lo diésemos en la línea de la igualdad, el atentado á la propiedad sería su inevitable resultado. Las revoluciones no se hacen con máximas metafísicas; necesitan víctimas que ofrecer á la multitud extraviada. Ya es tiempo de terminar la revolución, y ésta debe detenerse en el momento en que la nación ya es libre y en que todos los franceses son iguales. Si continúan los disturbios, la revolución quedará deshonrada, y nos-

otros con ella. Es de un interes general que la revolucion se detenga. Los que han perdido en ella, deben conocer que es imposible hacerla retroceder; los que la han llevado á cabo, no deben desconocer que ha llegado ya á su último término. Los mismos reyes, si es dable que la verdad penetre alguna vez hasta ellos, y si las preocupaciones en que han nacido y de que están rodeados continuamente les dejan reflexionar en los sanos principios de una política grande y filosófica, no pueden ménos de convenir en que hay una gran distancia entre la reforma de un gobierno monárquico y la abolición de un trono. ¡Tampoco puede ocultárseles que, si nos detenemos aquí, todavía son reyes!... Si su conducta no se arregla á estas consideraciones, suya, y no nuestra, será la culpa de cuanto pueda acontecer. Regeneradores del imperio, seguid invariablemente por el camino verdadero, y ya que hasta aquí habeis sido valientes y poderosos, sed hoy prudentes y moderados. Este será el término glorioso de la santa tarea que os habeis impuesto; y cuando os retireis á vuestros hogares, si no obteneis las bendiciones de todos, al ménos impondreis silencio á las calumnias.»

Este discurso, el más bello de los de Barnave, contuvo por algunos dias las tentativas de los clubs de los Franciscanos y de los Jacobinos, en donde no se volvió á hablar en este corto período de destitucion ni de república. La inviolabilidad del rey quedó consagrada como un principio, y el proceso contra Mr. de Bouillé y sus co-acusados se remitió á la audiencia nacional de Orleans para que terminase su instruccion.

VII

En tanto que estos hombres exclusivamente políticos, midiendo los pasos de la revolucion, querian detenerla en donde se detenian sus limitados pensamientos, ella continuaba marchando siempre. Su pensamiento era demasiado grande para que hubiese un orador ó un hombre de Estado cuya cabeza fuese capaz de concebirle; su soplo era demasiado fuerte para que hubiese un pecho capaz de respirarlo con desahogo; su objeto, infinito para que ella se detuviese ante las barreras sucesivas que la ambicion de algunas facciones ó la teoría de los hombres de Estado pudieran oponerla. Barnave, los Lameth y Lafayette, así como Mirabeau y Necker anteriormente, hacian vanos esfuerzos para volver contra ella la fuerza impulsiva que ellos mismos le habian dado. La revolucion, ántes de detenerse en su impetuosa carrera, tenia aún que ensalzar otros sistemas y tocar á muchas cosas que hasta entónces habian sido respetadas, y que á nadie habia pasado aún por la imaginacion que pudiera atentarse contra ellas impunemente.

Independientemente de las Asambleas nacionales que ella misma se habia dado, donde iban á reconcentrarse los instrumentos políticos que le daban vida y movimiento, se habia creado otras dos palancas mucho más poderosas y terribles, con las que removía y barria aquellos cuerpos políticos cuando trataban de establecerse en el punto adonde ella queria colocarse. Estas dos palancas eran la prensa y los clubs, que eran á las Asambleas legales lo que el aire libre al aire encerrado en la máquina neumática. En tanto que el aire de estas Asambleas se enrarecia dentro del recinto del gobierno establecido, el periodismo y las sociedades populares se impregnaban cada vez más de un principio inagotable de vitalidad y movi-

miento. Detenido aquél en lo interior, su corriente era impetuosa y terrible en lo exterior.

En el medio siglo que habia precedido á la revolucion, la prensa habia sido el eco sublime y tranquilo del pensamiento de los sabios y de los reformadores. Desde que la revolucion habia estallado, se habia convertido en un eco tumultuoso, y muchas veces cínico, de las pasiones populares. Tambien habia transformado hasta el método de comunicacion del pensamiento, porque ya no componia libros, pues no tenia tiempo para hacerlo, si bien habia sustituido á éstos un número prodigioso de folletos y una multitud de hojas volantes y diarias que, diseminadas casi de balde entre el pueblo ó fijadas en las plazas públicas, eran leídas por la multitud, que luégo las comentaba á su modo. Las monedas de oro puro del tesoro del pensamiento nacional eran de demasiado valor para que el pueblo pudiese usarlas, y habian sido sustituidas por otra porcion de monedas de baja ley, acuñadas en el troquel de las pasiones del dia, que muchas veces estaban hasta oxidadas. El periodismo, como un elemento irresistible de la vida de un pueblo que se halla en revolucion, se habia desbordado hasta colocarse á la altura que le pareció conveniente, sin hacer caso de la ley que habia tratado de contener aquel desborde.

Mirabeau, que habia necesitado que el eco de su palabra llegase hasta los departamentos más lejanos, habia establecido este tornavoz de la revolucion, á pesar de los decretos del gobierno, con la publicacion de las *Cartas á mis comitentes* y del *Correo de Provenza*. Otros periódicos habian aparecido tambien á la apertura de los Estados generales y despues de la toma de la Bastilla. A cada insurreccion popular correspondia otra de nuevos periódicos. Los principales órganos de la agitacion pública eran *Las Revoluciones de Paris*, redactadas por Loustalot, periódico semanal, del que se tiraban doscientos mil ejemplares. Su espíritu se conocia sólo con leer el epigrafe: «Los grandes no nos parecen grandes sino porque estamos de rodillas delante de ellos. ¡Levantémonos!» Los *Discursos del retenero á los parisienses*, transformados despues en *Revolucion de Francia y de Brabante*, eran obra de Camilo Desmoulins. Este jóven estudiante se habia improvisado publicista sobre una silla del jardin del Palacio Real en los primeros movimientos populares de Julio del 89, y habia conservado en su estilo, algunas veces admirable, mucho de su primitivo papel. Era este hombre el genio sarcástico de Voltaire que habia bajado desde los salones á las calles y plazas públicas. Camilo Desmoulins personificaba mejor que nadie la turba popular, porque, como ella, tenia movimientos inesperados y tumultuosos, y su continua movilidad ó inconsecuencia era la de las masas, que en medio de su mayor arrebató prorumpian en descompasadas risas ó se enternecian á vista de las víctimas que estaban sacrificando. Un hombre tan ardiente como ligero, tan trivial como inspirado, tan indeciso entre la sangre y las lágrimas, y tan dispuesto á combatir lo mismo que habia deificado poco ántes en un momento de entusiasmo, debia tener tanto más dominio sobre un pueblo que estaba en revolucion, cuanto mayor era la semejanza que con él tenia. Su papel le constituia su propio carácter, y no tan sólo era el signo distintivo del pueblo, sino que era el pueblo mismo. Su periódico corria por la noche por todos los sitios más públicos de Paris, anunciado por las calles con mil sarcasmos, pero nunca arrojado á ellas como un papel inútil. Este periódico se consideró y se considerará siempre como una sátira Menipeya empapada en sangre. Era la cancion popular que

incitaba al pueblo á los más grandes desórdenes, y cuyo eco se apagaba muchas veces con el silbido de la cuerda ó con el hachazo de la guillotina. Camilo Desmou-lins era un hijo cruel de la revolucion, así como Marat era la expresion de todas las iras populares. Su periódico, titulado *El Amigo del Pueblo*, chorreaba sangre por cada renglon.

VIII

Marat era suizo. Escritor sin talento, sabio sin renombre y apasionado por la gloria, sin haber recibido los medios de ilustrarse ni de la sociedad ni de la naturaleza, se vengaba de todo lo que era grande en la naturaleza y en la sociedad. El talento era para él tan odioso como la aristocracia, y le perseguia encarnizadamente en cualquier parte en que le veia brillar. Este hombre hubiera querido poder nivelar la creacion, y su idea fija era la de la igualdad, porque en la superioridad hallaba su martirio. Era amante de la revolucion, porque ésta igualaba todas las cosas hasta nivelarlas con él, y tenia gusto en ver correr la sangre, porque le parecia que con ella lavaba la injuria de la oscuridad en que siempre habia vivido. Habíase constituido en denunciador perpetuo ante el pueblo, porque sabía que la delacion es una lisonja para todo el que tiene miedo, y el pueblo estaba temblando siempre. Verdadero profeta de la demagogia, inspirado por la demencia, sus sueños nocturnos eran el texto de las conspiraciones del dia siguiente. Idolo del pueblo por lo afecto que manifestaba ser á los intereses de éste, se cubria con el velo del misterio como todos los oráculos. Vivía en la sombra y no salía más que de noche, ni se comunicaba con los demas hombres sin tomar ántes cien minuciosas precauciones. Un subterráneo era su morada y el asilo desconocido en que se refugiaba temeroso, huyendo del puñal ó del veneno. En su diario habia cierta cosa sobrenatural que preocupaba la imaginacion, porque Marat se habia cubierto con la máscara del fanatismo. La confianza que en él se tenia era una especie de culto, y el humo de la sangre que pedia sin cesar se le habia subido á la cabeza. Este hombre fatal era el delirio de la revolucion.

IX

Brissot, hombre todavía oscuro en aquella época, escribia *El Patriota Frances*. Como político, aspiraba á ocupar los puestos más elevados y no excitaba las pasiones revolucionarias sino hasta el punto en que creia poderlas contener, si algun dia llegaba á gobernar. Constitucional en un principio y amigo de Necker y de Mirabeau, y hombre asalariado ántes de llegar á ser doctrinario, no veía en el pueblo sino un soberano más próximo á reinar. La república era la aurora de su felicidad, y se dirigía hácia ella con ansiedad, aunque con mucha prudencia, y volviendo siempre la vista atras por ver si la opinion le seguía.

Condorcet, aristócrata por su nacimiento, pero hombre de talento, se habia hecho demócrata por filosofismo. Su pasion era la transformacion de la razon humana. Condorcet escribia la *Crónica de Paris*.

Carra, demagogo oscuro, se habia adquirido un nombre, y se habia hecho temible por sus *Anales patrióticos*. Freron, en *El Orador del Pueblo*, rivalizaba con Marat; Fauchet, en *La Boca de Hierro*, elevaba la democracia á la altura de una filosofia religiosa. Finalmente, Laelos, oficial de artillería, autor de una novela obs-